



HERMANA MURALLA

En una esquina, amparado en la noche oscura, encontré al hermano Ultra amontonando piedra sobre piedra. «Pronto —me dijo—: ayúdeme usted». Le acerqué más piedras. Le ayudé a colocarlas. Al cabo de un tiempo, le pregunté: «¿Qué estamos haciendo?». «Una muralla. Una muralla contra la apertura». «Pero, ¿qué tememos de la apertura?». «Todo. Tenemos que construir una alta muralla que impida que se vayan los extranjeros que están dentro y que entren los españoles que están fuera». ¡Un patriota! Sin cesar de trabajar, me explicó su idea: «Los extranjeros que están dentro son amigos de España. Los españoles que están fuera son antiespañoles. De forma que los extranjeros son los verdaderos españoles, y los españoles son los verdaderos extranjeros. ¡Acérqueme aquella piedra grande!». Jadeó un poco y continuó: «Lea usted "Ya" del domingo pasado: pedía que se cerrasen las bases americanas. Lea usted "Pueblo" del lunes: celebraba la llegada de Sender y de Madariaga. ¿Tenemos o no razón cuando hablamos de la "prensa canalleca"?». «El hermano Madariaga, en todo caso, le ayudará a usted a colocar más piedras. Es viejo amigo de las murallas...». «No se fie, no se fie. Usted ponga piedra sobre piedra, y déjeme a mí la parte doctrinal de la cuestión. Es tan sutil que no está al alcance de intelectuales».

El hermano Ultra está hecho un forajido. Se sale de sí mismo: fora-exido, salido fuera. Las piedras pequeñas las guarda en el bolsillo de su negra chaqueta. «Son para la honda», explica. «¡Ah! Piensa usted guerrear como Viriato...». «¿Viriato? Calle, calle... Era un pastor lusitano. ¡Lusitano! Para que usted lo entienda, portugués. Sería capaz de poner un clavel [rojo] en su honda... Además, se enfrentaba con los romanos, que nos traían el latín y otras materias primas para el bachillerato...». «Entonces, como el cura Sants Cruz...». «¡Un cura! ¿Cómo puede usted ponerme como ejemplo un cura? ¿No se da usted cuenta de lo que está pasando, insensato? Los curas españoles son como los militares portugueses, antes de los militares portugueses... Cualquiera día veremos al canónigo González Ruiz y al padre Aguirre con claveles rojos en la solapa. Porque esos desventurados curas llevan solapa...». «Tiene usted razón... Yo no entiendo nada...». «¿Lo ve usted? Déjeme a mí las cuestiones doctrinales, hermano, y coloque piedras, de prisa, coloque piedras». «¿Hasta dónde tenemos que llegar?». Paró su trabajo, revolvió los ojos, puso sonrisa mística y exclamó: «¡Hasta el cielo! Es nuestro único amigo ya...».

Fue entonces cuando estalló la tormenta. Y cayó el rayo. Y la muralla, la hermana muralla, se desmoronó.

HERMANO FRANCISCO

